

TOMO II

H O M E N A J E

Luis Jaime Cisneros

Capítulo 73



Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Pontificia Universidad Católica del Perú
FONDO EDITORIAL 2002

Homenaje Luis Jaime Cisneros
Tomo II

Editor: Eduardo Hopkins Rodríguez

Diseño de carátula: Gisella Scheuch

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica
del Perú. Plaza Francia 1164, Lima
Telefax: 330-7405. Teléfonos: 330-7410, 330-7411
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Obra Completa rústica:
9972-42-473-1
Tomo II: 9972-42-475-8
D.L. 1501052002 2422

Obra Completa tapa dura:
9972-42-476-6
Tomo II: 9972-42-478-2
D.L. 1501052002 2421

Primera edición: julio de 2002

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier
medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Qué se ama cuando se ama

Carlos Thorne

No podría decir del amor
si no que es como una vaga sombra
que nos atisba
una luz directa que sin piedad nos hiere
desde las uñas de los pies
hasta las vísceras ocultas

Lola Thorne

No importa si cuando llame el amor
yo estoy muerta
vendré
siempre vendré
si alguna vez
llama el amor

Alejandra Pizarnik

Es difícil recordar en qué momento dejamos de amar, una se confunde muchas veces, no sabe con certeza cuándo se produce el desencanto pues seguimos con nuestros hábitos terrestres, envueltos siempre en ese tránsito de la vida diaria, sobre todo cuando somos jóvenes, lo soy aún, sí, demasiado quizás, no llego a los 25 años y mis amigos me echan menos, soy alta, delgada, con ojos grises y pelo castaño que en el verano el sol enrubia, tengo la nariz recta y la boca chiquita, muchas veces solo somos amigos, luego algo como una doble criatura principia a formarse en nosotros, y es el amor que está naciendo con una luz que nos ciega, sí, el amor que se alimenta de ilusiones y dulces mentiras más que de nuestros genitales y pasa el tiempo y esperamos y esperamos, va a llover, siento ya en mi rostro las gotas de la lluvia, busco desesperadamente mi paraguas en el bolso, no lo he traído conmigo, la lluvia comienza densa, densa, corro a meterme en un café y cruzo la calle en medio del tumulto del boulevard Saint Michel, mue-

re el día, el sol se oculta tras unas nubes y el viento me azota la cara cuando abro la puerta y me deslizo dentro, exhausta.

Venías caminando no sabes cuántas cuadras, haciendo tiempo pues faltaba media hora para tu encuentro con Raoul, no, no es él en quien estás pensando, sino en Alberto Carlos, porque de pronto te ha venido a la mente su rostro todo entero como si lo tuvieras delante, sonriéndote, sus dientes asomándose tras esa barba que hace que parezca un rabino. Una pequeña cicatriz le adorna la mejilla izquierda, nunca te dijo cuál fue la causa, sí, a veces tú le preguntabas curiosa, pero él callaba, para decirte por qué te interesa tanto esa cicatriz, piensas acaso que fue causada por una mujer celosa que se me abalanzó cuchillo en mano para tatuar en mi rostro su cólera, entonces tú contestabas, pasemos a otra cosa, Alberto Carlos, aún nos estamos conociendo, sé que la curiosidad es mi vicio, pero sé también olvidarme de ella, se ha hecho de noche y experimentas de pronto mucha inquietud, hace más de media hora que esperas a Raoul, él siempre es puntual, temes una catástrofe, la vida te sonríe, Milena, a veces él te cambia el nombre y te dice Mireya, y te parece horrible que te llame así.

Te decidiste de un momento a otro, tu país se hundía, tenías que huir del barco antes que naufragara, como las ratas, sí, ni más ni menos, como las ratas, ¿soy una rata?, te preguntas y extiendes las manos sobre la mesa y miras tus dedos, tus uñas bien cuidadas y echas para atrás la cabeza, no eres una estúpida, en la vida uno tiene que elegir, si tu país es una mugre te vas y asunto concluido, comienzas una nueva existencia en otra parte del mundo donde te sientas verdaderamente libre y con futuro, pero antes de partir lloraste porque era para siempre, seguiste los sabios consejos de tu padre, que bien te quiere, que nunca quiso que te fueras pero que tampoco quiso que trabajaras para ganar un sueldo miserable en la Universidad, tu licenciatura en Psicología no te servía para nada.

Antes de salir te duchaste despaciosamente gozando de esa agua que resbala sobre tus pechos, sobre tu vientre y la enmarañada pelambre de tu sexo, te pusiste de espaldas para que ese chorro te bañe las nalgas, conteniendo la respiración, atormentada por todo lo que no has amado, sintiendo como si una mano de varón las acariciase sin tregua preparándote para el éxtasis del orgasmo, el momento supremo, cuando el corazón estalla y es un fulgor que se deshace en lágrimas, hace tiempo que piensas en el coito como tu única alegría, ya no te niegas a él, ni te rebelas contra la pasión que tiene toda mujer por

tener un hombre, y rememoras ahora unos versos, en el colegio las letras eran tu fuerte y también en la facultad, versos que dicen:

¿Pues qué espero?/Mis propias penas de mí se venguen y a mi garganta sirvan/de funestos cordeles.

¿De quién son Milena?

Te fastidia no reconocer a los autores de tus poemas preferidos, será un poeta del Siglo de Oro, es Martín Adán, Darío o qué sé yo.

De pronto se vienen recuerdos de Lima, la ciudad no te disgustaba, vivías en Miraflores, pero en invierno carecía de sol, como París, sí, pero París no huele a provincia ni a los millones de desharrapados que la habitan. Qué estará haciendo tu padre, tendrá alguna novia, todavía no ha cumplido los sesenta años y se lo ve entero con esa barbita mefistofélica que se ha dejado, las chicas lo miran, las veces que salían de compras al supermercado veías cómo algunas muchachas fijaban sus ojos en él, con insistencia, ¡caramba!, ¿se aburrirá en su trabajo?, antes de verte te confesaba que ya no tenía muchas ganas de seguir dictando clases en la Facultad de Arquitectura de la UNI, uff, qué pesado debe serle ir hasta el Rímac, pasar por la avenida Tacna atestada de micros, por el puente Santa Rosa, por calles feas, con pistas llenas de baches, conduciendo su carro, su viejo Toyota, en ese desorden del tránsito que te aterra, se te cruzan los taxis, los micros, se te meten delante de los ojos como si fueran a incrustarse en tu chasis, tocando ferozmente el claxon, oh, ese barrio es un infierno, cómo puede seguir yendo por ahí impertérrito, sin arredrarse ante tanta violencia por ese sueldo modesto de catedrático, tú le has dicho que se dedique más a su profesión, que explote mejor su postgrado en la Universidad de Barcelona, su experiencia, pero él te dice que por ahora no hay trabajo para un arquitecto, por más bueno que sea, si no es corrupto, el Perú se seguirá cayendo a pedazos. Por lo menos que cambie de carro, su Toyota se le malogra a cada rato, ojalá que haga un buen negocio, te escribe que está remodelando una casona en Barranco, que es el único cachuelo que tiene y que con lo que gane se comprará un auto más nuevo, casi del año, lo hará, mi papá a veces es muy desidioso, pero otras se comporta como un verdadero ejecutivo y cuando le pides dinero te lo manda sin chistar vía cajero automático, se volverá a casar, a su edad el sexo no creo que lo atormente, lo veo muy sereno sin interesarse en ninguna mujer todavía, pero con alguien deberá acostarse, me guarda el secreto, quién será, quién será, ¿en qué de cosas estoy pensando?

Has tomado ya dos tazas de café y él no aparece todavía, miras tras la ancha ventana que da al boulevard Saint Michel y ves el rostro de una multitud que no tiene hambre, no todos son franceses, hay muchos árabes, negros y turistas deambulando sin un plan fijo, no hace mucho que te paraste en el puente a contemplar las aguas del Sena, atardecía, sobre el cielo se amontonaban nubes bajas, y sus aguas te parecían sucias, acaso la lluvia las lave ahora y las deje limpias, tú beberías de esas aguas, no, como tampoco beberías de las aguas del Rímac, allá en tu patria, tonta, si el agua que sale del caño es de río aquí y allá, desde mañana vas a hervir el agua que tomas, de pronto piensas, mientras imaginas el desierto que está más allá de Lurín y la cordillera que empieza a alzarse al fondo, muy lejos contra el mar, no se ven los picachos y ansías oír la dulzura de unas quenás sonando, te has puesto romántica y piensas luego en el invierno que se avecina, en ese cierzo que correrá por los campos de toda Francia mientras en Lima se desata el verano.

El invierno en Francia es cruel, se desatan a veces vientos infernales y el bajo cero te hace tiritar todo el cuerpo luego vienen los resfríos, y el temor de la gripe se apodera de ti, pero es lindo ver todo París envuelta en ese vaho que despiden sus habitantes, que la hace parecer ciudad misteriosa cuando atardece y se encienden las luces y en tu barrio se empieza a llenar de gente el bistrot que tienes a pocos metros de tu edificio, por ratos te llegan las voces, las fuertes risas, los gritos de los comensales árabes.

Un intenso calor te quema la espalda, te hallas de bruces echada sobre la arena, tomando un baño de sol mientras miras por el rabillo del ojo a Andrea, que acaba de tumbarse casi a tu lado, de cara al sol, tapándose los ojos con unos lentes oscuros, quiere que sepas que él está allí, esperándote y experimentas una ola de sangre en el pecho, muere el día, dentro de poco comenzará el ocaso, tu piel desnuda recibe los últimos rayos de ese sol que poco a poco desciende sobre el océano, es un disco amarillo que va perdiendo su color, no te vas a dar un chapuzón, ese que te encanta, porque el agua está ahora casi tibia, sonríele a Andrea para que no te guarde rencor.

Ah, estos atardeceres te vuelven loca, no corre viento, la arena todavía caliente te quema los pies, las gaviotas se alejan en el horizonte, volando con lentitud, también los pelícanos y los patillos agitan sus alas en el aire denso, en esa tarde maravillosamente dorada, solo hollada por el grito de las gaviotas, Santa María tiene su encanto, es una bahía cerrada, con olas que diluyen esmeraldas, en qué parte has leí-

do eso Milena, bueno, estoy tan relajada tomando los últimos rayos del sol que se me vienen a la mente frases, frases de no sabes dónde, y te dices que es el encanto mágico del océano.

Andrea es una bestia que está enamorado de ti, no lee un libro y solo le interesa el cine, su moto y tú, con él no hay mucho que hablar, no, pero sabe bailar, si no fuera tan celoso tú lo aceptarías, quizás, quizás, al segundo día de conocerme me llevó a pasear por la costa verde en su moto, fuimos más allá del Waikiki, pasando por la Rosa Náutica para luego volver e ir al muelle de pescadores de Chorrillos, a Andrea se le había ocurrido comprar una corvina, pero yo le dije cómo nos la llevamos en tu moto si ni tú ni yo tenemos mochila, las escamas de plata de la corvina rebrillaban al sol, después enrumbamos hacia el sur contentos.

El viento te azota dulcemente el rostro, la mañana es cálida con un sol potente en el cielo, te sujetas bien de la cintura de Andrea, la velocidad no te asusta, no has querido ponerte el casco, lo llevan entre las piernas, pero cuando paramos en Lurín para comer unos anticuchos te da miedo seguir así, inerme, a merced del azar de la muerte y te pones el casco y te ves soberbia en el espejo del manubrio, la emoción de ir ahora a cien kilómetros por hora te hace temblar y gritas: si se nos cruza un burro o una vaca estamos fritos, Andrea, maneja con cuidado, ráfagas de viento deshacen el calor del sol, la moto ruge cuando sube una cuesta y el mar lo divisas a tu derecha, sus encrespadas olas batiendo la orilla y las gaviotas que vuelan en bandadas y los pelícanos que hurgan con sus largos picos la arena en busca de moluscos, mientras arriba el sol rebrilla en toda la playa, pero la visión es fugaz, tras una curva del camino desaparece la playa dorada y solo ves el desierto corriendo a tus pies.

Se encuentran una pequeña ensenada, han bajado por la ladera dando terribles tumbos, tú bien sujeta con ambas manos de la cintura de Andrea, la moto zumba, zumba, abriendo surcos en la arena, están lejos del mundo, en un paraje de ensueño frente a un mar calmo, sin resaca, se sientan en la arena, muy juntos, cediendo al embrujo de ese sitio idílico, y él, Andrea, intenta ahora besarte, pero lo rechazas, no hay besuqueo, le dices y te ríes un poco y agregas, no vayas tan rápido, apenas nos conocemos, él parece no entender e intenta de nuevo besarte, pero a la fuerza, tú entonces te levantas furiosa, así no, gritas molesta porque no eres tonta e intuyes que él quiere algo más que besuquearte, y retornan a Lima sin hablarse, Andrea mascando su cólera, tú sería como una esfinge y ahora él está allí mirándote con

el rabillo del ojo, aguardando el momento de hablarte, tú no quieres alentarlo y te haces la sonsa, miras a otro lado, lo has desahuciado para siempre y sin pensarlo dos veces te pones de pie y corres hacia el mar, feliz bajo el calor del sol y te zambulles en una ola que te revuelca al tiempo que refresca todo tu cuerpo y cuando te secas con la toalla mirando de reojo a Andrea ya no lo ves, se ha marchado y entonces te dices que no eres nadie, nadie, sino una muchacha que solo busca la luz del amor y que al que te llora tierno solo apetece, como dice el verso.

Y el verano se fue rápido, apagando su fuego sin disipar las sombras del futuro, la recesión comenzaba a sentirse cada vez más y tú no sabías qué hacer con el sueldo, aunque tu padre te ayudaba siempre, vivías en una buena casa, pero poco a poco ibas perdiendo las inquietudes de antes, felizmente te seguía interesando tu carrera y el inconsciente colectivo que investigabas en tu tesis, desentrañar la hipótesis que sostiene que este constituye para el hombre el gran receptáculo de una sabiduría ancestral y durante muchas horas en ese pequeño escritorio que daba al jardín hurgabas en la estructura de la psique siguiendo al maestro Jung y en la zona yoica, pero otras veces te tentaba trabajar sobre lo imaginario, lo simbólico y lo real de la teoría lacaniana, ¿el deseo es en verdad indestructible como lo pensaba Lacan?

Beto te recogió un poco tarde, la boda estaba fijada para la una y son ya la una y diez, hay que salir disparando, te miras bien en el espejo, te pintas las cejas con tu lápiz apretándolo fuerte y ahora el rouge para que los labios florezcan rojos, el color de la sangre excita, tu pelo corto hace resaltar tu largo cuello, estás regia, Milena, con tu atuendo, con ese traje sastre de color celeste que te sienta de maravilla, el peluquero Samy de San Borja es un marica que sabe peinar, perfúmame bien, aprieta el spray y rocía todo tu busto, no exageres, ese perfume Dior es requetebueno, baja rápido, baja rápido, Beto abre la portezuela del coche y te mira embobado, así una debe vestirse siempre para una boda o una cena de postín, como dice mi padre, ya estoy metida en el auto, Beto me besa la mejilla presuroso y arranca el carro, hay que ir por Javier Prado, es más directo le digo, por allí está la puerta por donde debemos entrar, luego agregó, no tomes Aviación sino Guardia Civil, allí hay menos tráfico, es un sábado con un poco de sol pero el cielo pronto se cubre de nubes, en ese día de invierno en el que llueve un poco en los amaneceres, por eso los árboles de las avenidas se ven verdes, lozanos, tú miras la tarjeta de invitación

para no equivocarte de puerta de ingreso, mientras le preguntas a Beto ¿es cierto que los casados acaban pareciéndose el uno al otro?, ¿te casarás algún día con él?, en algunos trechos de la avenida el césped amarillea, seco, podrás ser feliz con Beto, no, no te ves casada con él ni lo ansías, se conocieron en la playa a finales de verano y no lo volviste a ver hasta la fiesta de Nonona, ¿hace mucho que salen juntos?, tiene usted una prometida encantadora, bobadas, Beto es un machista que no te dejaría vivir tranquila y, además, celoso pero no tanto como lo era Andrea, qué hombre que quiere a una mujer no es celoso, dime.